

España, Problema y Destino de América

Por Juan Marinello

Ya no caben dudas de que España es el punto culminante del mundo y que en sus campos y ciudades se está decidiendo no sólo el destino de un pueblo sino la liberación definitiva del hombre. De todas partes se mira hacia España con ojos apasionados. Todos, desde su orilla, están echando leña al gran incendio. Cada acción de guerra, cada avance o retroceso de las fuerzas en pugna, hacen temblar de ira o de esperanza a millones de hombres.

España es interés y pasión del mundo. Pero, específicamente, interés y pasión de nuestras tierras hispanoamericanas. Hay en lo español, a despecho de las distancias de tiempo, raza y naturaleza, una dimensión de nuestro destino; lo que dice una obligada relación de procesos económicos y sociales. A la imprenta de la Colonización ha seguido, durante más de un siglo, una profunda relación de cultura amarrada al firmísimo soporte del idioma. Ciertas minorías radicalmente distintas de nuestras masas han podido beber información y sabiduría en fuentes germánicas, inglesas y francesas. El pueblo curioso se ha visto forzado, por razón de la lengua, a buscar lo universal a través de lo español. Esto ha significado, no lo neguemos, desorientación y retraso. España no ha sido, en el siglo último, tierra pionera, ni su sentido económico, vital, dechado estimable. Pero, las cosas no podían ocurrir de otro modo y el propio retraso de nuestros pueblos, retraso con origen hispánico, era como la vía natural para el mastrazgo español. ¡No hay más camino para el mundo que el que marca la cultura hija de Europa, y nosotros, Hispanoamérica, entendemos el ritmo europeo, occidental, a través de lo español! España ha sido conocimiento enraizado en lo profundo de nuestro espíritu. A lo español se ha resistido tercamente, con el rencor de la derrota, lo autóctono de nuestros pueblos, pero sólo por esa pun-

ta enérgica hemos conocido el ritmo dominante de la tierra.

La lucha entrañable entre lo hispánico y lo indígena ha traído a la América nuestra, una impregnación definidísima, singular, de los valores progresistas y reaccionarios de España. El catolicismo, que norma un largo momento español, se descubre hoy, como supervivencia deleznable, en buena parte de nuestras masas desvalidas y, no hay que decirlo, en la burguesía de mentalidad feudal e inquisitorial de nuestros países. Al propio tiempo, la rebeldía de nuestros obreros, su sentido de honda responsabilidad, su culto a la libertad y su coraje heroico, enseñan indelebles fermentos hispánicos. Como nunca, ha aflorado la comunicación recóndita en estos días épicos en que España es la clave del mañana. En el apoyo cuantioso que prestan el latifundista, el clerical, el fascista hispanoamericano, a los rebeldes de España, hay mucho de su rencor desapoderado contra las masas hispanoamericanas que han roto con duro esfuerzo su inhumano dominio. En la simpatía desbordada, honda, sincerísima, del proletariado de México, de Cuba, de Venezuela, de Argentina, de Ecuador hacia el pueblo de España hay mucho del recuerdo de su propia herida, de los efectos causados en su carne por un grupo dominador que, en lo central, es el grupo fascista español. ¿Cómo no ha de recordar el indio malttratado, el guajiro pisoteado, el negro maldecido, esta fisonomía del obispo español, cebado y millonario ante el hambre de los más? ¿Cómo no ha de encenderse en limpia indignación al descubrir en el señorito latifundista de Andalucía, al padre, al hermano, al hijo del que le rasgó las carnes en sus plantíos americanos?

El hecho indefectible de nuestra hispanización intelectual, de nuestra similitud de criterios matrices y nuestra comunicación de justicias e injusticias, de tener

—tendrá—, su instante feliz, su momento de superación salvadora. Esta apasionada comprensión, que corre ahora por el curso subterráneo que forman siglos, es para Hispanoamérica una firme garantía de triunfo revolucionario. Porque no puede dudarse del triunfo del pueblo español sobre sus esclavizadores. Yo no he dudado jamás ni concibo la duda de ese triunfo. Una batalla puede decidirse contra el pueblo. Y aún una campaña. Quizá una guerra. ¿Qué importa? Bien saben los fascistas españoles que su reino ha tocado a su final y que su dominio momentáneo no significa otra cosa que una derrota más radicalmente exterminadora. Contra recursos falsos, artificiales, abominables, como el de traer tropas moras y bandidos internacionales a acuchillar mujeres y niños, se levanta la justicia del pueblo. Esa justicia, ese triunfo, quieren decir derrota del fascista español, hermano del fascista de nuestras tierras y su más ardoroso colaborador. El triunfo del pueblo, del proletariado de España, significa, por lo tanto, un debilitamiento cierto de la reacción hispanoamericana, una ventaja revolucionaria específica para nuestras masas. Por un mecanismo fácilmente explicable, los numerosos españoles asentados en nuestros países vendrían a ser rápidamente aliados magníficos, por su valor y su comprensión, de la libertad verdadera de nuestros trabajadores. El grupo, numéricamente pequeño, de españoles adinerados y reaccionarios se vería bien pronto cercado, asfixiado, vencido. España sería su enemiga. Nuestros pueblos, aleccionados y confortados por la entrañable lección española, también lo serían. perdería esa nefasta influencia que tiene aún en nues-

tras ciudades y campos, y que acaba de ser denunciada valiente y magistralmente por mi entrañable León Felipe.

El triunfo de España, del pueblo de España, importa al mundo y es un instante crucial en el futuro de los hombres. Pero interesa de modo singular a Hispanoamérica. Bien lo han entendido racionarios y revolucionarios de nuestros países. Mientras los gobiernos antipopulares de Argentina, Uruguay y Brasil —sables sostenidos por imperialismos—, decide una acción común contra los izquierdistas españoles, negando asilo a los que pretendan residir en sus territorios, mientras en el dócil y corrompido Congreso cubano se propone por numerosos senadores, el reconocimiento del Gobierno de Burgos, mientras el Presidente Cortés, de Costa Rica, expresa sin ambages, su simpatía hacia los insurgentes de Toledo y Sevilla, los gobiernos progresistas como el de México, apoyan a España en su camino de superación. Es que unos y otros saben lo que será para sus intereses el triunfo de su bando. El pueblo de nuestras Repúblicas, víctima en la mayor parte de las mismas opresiones monstruosas que alientan en el ánimo de los fascistas de España, debe entender hasta lo hondo la trascendencia que puede tener para él una derrota de la democracia y la libertad en España. A la arbitrariedad, a la injusticia que ahora se desborda sobre la masa indohispánica se agregará la de un poderoso concierto internacional de voluntades abusivas y torvas. La derrota del pueblo español será nuestra derrota. Hagamos el más enérgico y decidido esfuerzo por su triunfo, que es nuestro triunfo.